

# NACIÓN, PATRIA E IDEOLOGÍAS

Hugo Alberto VERDERA \*

## 1. Introducción

La relación entre los conceptos de “nación” y de “patria”, se presenta, ante el estudioso y el analista, de una manera natural. Diríamos que se da una concordancia o una armonía natural entre ambos términos y sus respectivos contenidos, sin dejar de reconocer, desde este primer momento de nuestra exposición, los elementos que diferencian, como veremos, a la “nación” de la “patria”. Pero es igualmente cierto que hay entre ellos un común denominador, que hace referencia a un contenido espiritual y natural que los enlaza, y que justifica así una relación esencial, diríamos ontológica, entre “lo nacional” y “lo patriótico”.

No se presenta con igual claridad la relación conceptual de “nación” y de “patria” con las “ideologías”. Procuraremos, pues, luego de precisar los contenidos propios de los conceptos de “nación” y “patria”,

\* Abogado, Dr. en Derecho y Ciencias Sociales, Profesor de “Doctrina Social de la Iglesia” (“Ética Social”) y de “Filosofía del Derecho”, en las Facultades de Derecho y Ciencias Políticas y de Ciencias Económicas, de la Universidad Católica Argentina.

ver su relación con la problemática de lo "ideológico". Y lo haremos porque, precisamente la explicación de la problemática política de nuestros días, es decir, los sistemas de ideas que pretenden sustentar la natural tendencia y los contenidos de la "política", en cuanto a la finalidad funcional y a los condicionamientos básicos de la misma, han adquirido un matiz específicamente "ideológico", a punto tal que el proyecto del denominado "Nuevo Orden Mundial" engloba "lo nacional" y "lo patriótico", precisamente con el objetivo frontalmente asumido de despojarlos de su especificidad natural y espiritual.

Si "la misión política es la prosperidad, tanto de la comunidad como de los individuos" (como expresaba León XIII, en la Encíclica *Rerum Novarum*, 23), resulta obvio que es imposible prescindir de la persona para explicar la política. En otras palabras, la base antropológica es y será ineludible para la explicación adecuada de los sistemas humanos en general, incluyendo el político.

Ahí radica precisamente la razón de ser del tema hoy analizado; ahí radica porque lo ideológico, es decir, las ideologías que hoy se estructuran sobre el interactuar de los hombres contemporáneos, adoptan un concepto del hombre, de lo humano, que parte no de la realidad antropológica, sino del prejuicio (juicio previo), es decir, de la idea preconcebida sobre lo humano. Mas aun, el ser del hombre se ve reducido a ese prejuicio ideológico. Y sobre esa base, radicalmente falsa, se estructuran las ideologías y, a su vez, se conforman los sistemas político, jurídico, económico, social y cultural en sentido amplio.

Advertimos así, desde el mismo inicio de nuestra exposición, que estamos ante una opción de hierro; o

la adhesión al ser de hombre o la negación del ser del hombre y la pretensión de explicarlo mediante su mero existir. Estamos pues, ante una opción clara y terminante: la adhesión a la metafísica o la adhesión a la nada; la admisión del ser o la negación del ser.

## **2. Los conceptos de “nación” y de “patria”**

Encontramos en el Papa León XIII expresiones concretas que señalan con precisión el íntimo lazo de unión entre los conceptos de “nación” y de “patria”, pero al mismo tiempo, las diferencias que emanan de sus elementos constitutivos. También en el mismo Papa, encontramos la relación esencial existente entre Iglesia y Cristianismo con “lo nacional” y “lo patriótico”.

Así, en su Encíclica *Libertas* (nº 17), expresaba León XIII que “la razón demuestra y la historia confirma este hecho: la libertad, la prosperidad y la grandeza de una nación están en razón directa de la moral de sus hombres”.

En otras palabras, León XIII subrayaba un principio básico, siempre sostenido por el Magisterio, que la nación, como realidad compleja, siempre estaba condicionada en su esencia, por el rol específico y primordial que corresponde a las realidades del espíritu humano.

Y en la Encíclica *Sapientiae Christianae* (nº 3), luego de afirmar que “el patriotismo pertenece a los deberes de orden natural”, enfatizaba que “...la ley natural nos impone la obligación de amar especialmente y defender el país en que hemos nacido y en que hemos sido criados, hasta el punto de que todo buen ciudadano debe estar dispuesto a arrostrar incluso la

misma muerte por su patria... Hemos de amar a la patria que nos ha dado la vida temporal”.

Este común denominador esencial de la “nación” y la “patria” está dado por una objetividad natural y por una objetividad ética, es decir, por el Orden Natural y por la Moral. Y ambas objetividades adquieren en el cristianismo la plenitud de su significado. Y lo adquieren hasta tal punto, que San Pío X pudo decir, en una Alocución del 19 de abril de 1909, que “si el catolicismo fuera enemigo de la patria, no sería una religión divina”. Y esto es así desde el mismo origen del cristianismo. Son varios los pasajes del Evangelio donde se patentiza el sentir patriótico de Nuestro Señor Jesucristo, que “se sometió voluntariamente a las leyes de su nación y quiso llevar la vida propia de un artesano de su tiempo y de su país” (como bellamente expresa la Constitución *Gaudium et Spes*, Nro. 22); este Jesús, divino Maestro que “en persona dio ejemplo de esta manera de obrar, amando con especial amor a su tierra y su patria, y llorando tristemente a causa de la inminente ruina de la ciudad santa” (Pío XII, Encíclica *Summi Pontificatus*, 20/10/1039) (Cfr. Mt. 23, 37 y s.) este Jesús que amó a su patria hasta el aparente extremo de preocuparse en su Pasión por los males que de ahí se seguirían para su pueblo (Lc. 23, 27-31).

Y en esta actitud de Jesús, se explica lo que nos decía el Papa Juan XXIII: “seréis más de vuestro país a medida que seáis más cristianos”.

“Nación” y “patria” son, pues, conceptos esenciales, en el más pleno sentido de lo humano. Se integran en el hecho de comprender ambos lo íntimo espiritual del hombre. Se diferencian en otros aspectos, pero lo espiritual aún en lo esencial.

La "nación" se presenta como "una comunidad étnica de hombre unidos por vínculos de sangre, de territorio, de cultura, de lengua, en posesión de un vínculo específico de solidaridad interno, frente a otros grupos humanos" (Carmelo Palumbo, "Guía para un estudio sistemático de la Doctrina Social de la Iglesia", 2ª ed., CIES Editorial, Bs. As., 1991, pp. 195-196).

La "patria" se expresa como el territorio en el que habita una comunidad de hombres con un acerbo espiritual y cultural común, hermanados en la sangre de sus antepasados que contribuyeron a formarla. Significa, pues, una común descendencia de los mismos padres y antepasados, unida a un territorio que viene heredado de los mayores; es, pues, la herencia recibida de los antepasados.

En ese elemento unitivo de "solidaridad interna" y en ese "acerbo espiritual y cultural común", es donde "nación" y "patria" encuentran su entronque natural con "lo cristiano".

Y Juan Pablo II, en nuestra tierra, se refirió expresamente a ello. Dijo el Papa en Tucumán, el 6 de abril de 1987; "La piedad en la vida civil, conocida en nuestro tiempo como amor a la patria o patriotismo, para un cristiano se trata de una manifestación, con hechos, del amor cristiano: es también el cumplimiento del cuarto mandamiento, pues la piedad, en el sentido que venimos diciendo, incluye —como nos enseña S. Tomás de Aquino (Suma Teol., II-II, q. 101, a. 3, ad. 1)— honrar a los padres, a los antepasados, a la patria...".

Vemos así que "nación", "patria" y "cristianismo" se autoexigen ontológicamente. Es el ser del hombre concreto, plenificado por la Encarnación de Cristo,

quien es esencial "portador" de "lo nacional", de "lo patriótico" y de "lo cristiano".

Y así, "nación" y "patria" involucran un todo antropológico teórico y práctico una "plenitud del ser".

"Nación" y "patria" no significan un conjunto de sentimientos vagos y meramente externos, sino una obligación del ser humano con su propio ser esencial y, consecuentemente, una obligación de obrar de acuerdo a esa esencialidad metafísica.

Y como tal, implica, en consecuencia, un sentido "sagrado", "sacral", "cultural". Porque los conceptos de "nación" y de "patria" alcanzan su perfección en el cristianismo, puesto que se subordinan a un ordenamiento preexistente, ya que al vincularse con el principio metafísico del ser, adquieren el carácter de virtud superior (el patriotismo), que sigue inmediatamente a la religión. Y es una virtud cuyos fundamentos, además de ser naturales, como ya vimos (puesto "que deriven de una relación de nacimiento y filiación común a todos los hombres en todos los tiempos históricos" (Leonardo de Martini, "La piedad patriótica", en Revista Prudencia Juris, de diciembre de 1980, p. 93); esos fundamentos son también "sagrados".

En Santo Tomás de Aquino, como nos recordaba Juan Pablo II, encontramos claramente señalado este sentido "esencial" y "cultural". Nos dice el Aquinense: "El hombre por constitución es deudor, por varias razones, a otras personas, según los distintos grados de perfección que estas posean y los diferentes beneficios que de ellas ha recibido. Según este doble punto de vista, Dios ocupa por completo el primer lugar, puesto que él es absolutamente perfecto y que, respecto de nosotros, es supremo principio de ser y de

gobierno, pero secundariamente, conviene este título a nuestros padres y a nuestra patria, de los cuales hemos recibido educación y vida. Y, por consiguiente, después de serlo de Dios, el hombre es deudor sobre todo a sus padres y a su patria... Por consiguiente, así como corresponde a la religión dar culto a Dios, asimismo, en un grado inferior, corresponde a la piedad rendir culto a los padres y a la patria. Además, el culto a los padres se extiende a aquellos de la misma sangre, es decir, que tienen los mismos padres. Por su parte, el culto de la patria se extiende a los compatriotas y a los aliados. Luego, es a aquellos a quienes principalmente se dirige la piedad..." (Suma Teol., II-II, q. 101, a. 1).

Y agrega Santo Tomás que "las relaciones de consanguinidad y de nacionalidad atañen de forma más inmediata a los principios de nuestro ser que las de amistad; por consiguiente, la piedad se refiere a ellas más especialmente" (Ib., q. 101, a. 1., ad 3 m.).

Vemos aquí que la tradición cristiana "sitúa" a la "patria", a la "nación" en el plano metafísico del ser y el plano moral de la virtud del patriotismo.

Pero el hombre moderno y contemporáneo, el hombre de hoy, ha pretendido abandonar lo metafísico y lo moral y, por ende, lo cristiano. De este modo, se hace patente la dificultad para el hombre común de este siglo XX, habitante de un mundo que prácticamente ha olvidado a Dios y, consecuentemente, a toda normatividad objetiva, para adherir a una pretensión "autocreativa" y "autocreadora" de todo (en el más radical e inhumano inmanentismo), incluso de lo que es "el bien" y lo que "el mal"; a este hombre se le hace difícil, decíamos, definir acabadamente las ideas de

“patria” y de “nación” y, lo que es más grave aun, sentir hacia ellas un auténtico amor.

Así, el hombre, al olvidarse de Dios, pierde el contacto real con sus propias realidades más íntimamente constitutivas de su ser. Y sin el reconocimiento de su radical vinculación a Dios (principio primero), se incapacita para comprender el orden natural y jerárquico de sus otros principios. “Se aleja de lo verdadero, para recluirse en sí mismo; su soberbia le indica que no le debe nada a nadie, todo lo que ‘es’, lo es por mérito propio, y no existe nada más importante que él” (De Martini, c.c., p. 95).

Pero el hombre es deudor de Dios, de su patria y de sus padres. Y es deudor de Dios, de su patria y de sus padres, porque de todos ha recibido, en el orden y en la proporción debida, algún beneficio. Así, a Dios, a la patria, a los padres, el hombre les debe su ser, su existir, su gobierno y su perfección.

Esa “desencialización” del hombre moderno y contemporáneo, del hombre de hoy, esa aversión al ser y a lo trascendente, con la consiguiente incapacidad para comprender el orden natural y jerárquico de sus principios esenciales; esa pérdida de contacto real en sus propias realidades más íntimamente constitutivas de su ser, se explica precisamente, por la irrupción de las ideologías.

### **3. Las ideologías, ¿mueren o renacen?**

El término “ideología” se forjó a fines del siglo XVIII en Francia y ha recibido múltiples significados, a veces difíciles de definir, pero contemporáneamente se ha generalizado su uso con alcance peyorativo, también en los documentos del Magisterio de la Iglesia.



Resulta, quizá, más exacto hablar de un “pensar ideológico”, que tipifica, por así decirlo, a los más significativos movimientos políticos del siglo pasado y del nuestro. Me refiero concretamente a la “ideología liberal” y a la “ideología marxista”. Más aun, cabe hablar, ahora, ante el expresado y publicitado “Nuevo Orden Mundial”, de una “nueva ideología”, posible sincretismo ideológico.

Si observamos, rápidamente, los grandes textos del Magisterio eclesial, advertiremos, subyacentes o bien en plena superficie, el “pensar ideológico” que ante mencionamos.

Ya León XIII, en la Encíclica *Rerum Novarum* (nº 13), aunque no mencionaba el término “ideología”, empero, al referirse al socialismo describía como uno de sus elementos claves constitutivos, el elemento “utópico demagógico” que choca con el dolor y la imperfección intrínsecas de las realizaciones humanas.

En la Encíclica *Quadragesimo Anno*, Pío XI caracterizaba la doctrina de la *Rerum Novarum* como constituida “sin recurrir al auxilio ni del liberalismo ni del socialismo”. Y propone como solución, no un tercer “ismo”, sino la “cristianización de la vida social y económica, y la reforma moral de las costumbres” (nº 136 y s.).

Juan XXIII, en su Encíclica *Mater et Magistra*, habla literalmente de las “ideologías”, señalando que involucran un contenido “*autodesintegrador*”, por su propia debilidad interna. Así, expresa en el nº 203, que “esta desintegración proviene del hecho de que son ideologías que *no consideran la total integridad del hombre y no comprenden la parte más importante de éste*. No tienen en cuenta, además, las indudables imperfecciones de la naturaleza humana” (enferme-

dad, dolor), “imperfecciones que no pueden remediarse... ni siquiera por los sistemas económicos y sociales más perfectos”. Enfatiza luego el desconocimiento de las ideologías del hecho real que “todos los hombres se sienten movidos por un profundo e invencible sentimiento religioso, que no puede ser jamás conculcado por la fuerza u oprimido por la astucia”.

Pero será Pablo VI quien advertirá los peligros inherentes a todo “*pensar ideológico*”. En su Carta Apostólica Octogésima Adveniens, del 14 de mayo de 1971, expresa que el cristianismo no puede “adherirse sin contradecirse a sí mismo, a *sistemas ideológicos que se oponen*, radicalmente o en puntos esenciales, a su fe y a su concepción del hombre” (y cita la “ideología marxista” y la “ideología liberal”) (nº 26). Y luego Pablo VI se pregunta: “¿Es necesario subrayar las posibles *ambigüedades* de toda ideología social?. Unas veces *reduce* la acción política o social a ser simplemente *aplicación de una idea abstracta, puramente teórica*; otras, es el pensamiento el que se convierte en puro *instrumental al servicio de la acción*, como simple medio para una estrategia. En ambos casos, ¿no es el hombre quien corre el riesgo de verse enajenado? *La fe cristiana es muy superior a estas ideologías y queda situada a veces en posición contraria a ella*, en la medida en que reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela, a través de todos los niveles de lo creado, al hombre como libertad responsable” (nº 27).

Señala además Pablo VI que “otro peligro consiste en adherirse a una ideología que carezca de un *fundamento científico completo y verdadero* y en refugiarse en ella como explicación última y suficiente del todo, y construirse un nuevo ídolo, del cual se

acepta, a veces sin darse cuenta, el *carácter totalitario y obligatorio*" (nº 28).

Y en el nº 29, Pablo VI advertía que, si bien se notaba un *"retroceso de las ideologías"* y que ello *"puede constituir un momento favorable para la apertura a la trascendencia y solidez del cristianismo, puede ser también un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo"* de signo tecnologizante, hostil incluso a toda doctrina.

Juan Pablo II, en su Discurso inaugural de Puebla, afirma que la acción de la Iglesia en el orden temporal *"no necesita... recurrir a sistemas o ideologías para amar, defender y colaborar con la liberación del hombre"* (III, N. 2).

Y en su Encíclica *Centesimus Annus*, del 1º de mayo de 1991, rechaza igualmente la "ideología", al expresar que *"la Iglesia tampoco cierra los ojos ante el peligro del fanatismo, o fundamentalismos que, en nombre de una ideología con pretensiones de científica o religiosa, creen poder imponer a los demás hombres su concepción de la verdad y del bien. No es de esa índole la verdad cristiana"*, porque *"al no ser ideológica, la fe cristiana no pretende encuadrar en un rígido esquema la cambiante realidad sociopolítica y reconoce que la vida del hombre se desarrolla en la historia en condiciones diversas y no perfectas. La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad"*.

¿Qué es, pues, la "ideología", a la luz de los elementos precitados por los documentos del Magisterio? Más aun, ¿cuáles son sus elementos constitutivos, a la luz de un análisis objetivo, como el realizado por el Magisterio y los estudiosos en general?

La "ideología" se caracteriza como un sistema "abstracto" (en el sentido de esquematismo, vaguedad e imprecisión); de carácter "instrumental" (es decir, un instrumento al servicio de la acción o de la pasión); esencialmente "reduccionista" de las dimensiones superiores de la existencia integral humana; que tiende desde ese plano reductivo inferior al "totalitarismo teórico", por su pretensión de ser —sin serlo— una visión integral o última de las cosas.

Así, las "ideologías" se presentan como sistemas de ideas elaboradas racionalmente con una finalidad de praxis política, es decir, práctico-política (Cfr. Carlos Ignacio Massini, "El renacer de las ideologías", Edit. Idearium, Mendoza, 1984); como una concepción que ofrece "una visión de los distintos aspectos de la vida, desde el ángulo de un *grupo determinado* de la sociedad; y que, al manifestar las aspiraciones de ese grupo, "llama a cierta *solidaridad y combatividad*", que como tal, "toda ideología es parcial, ya que ningún grupo particular puede pretender identificar sus aspiraciones con las de la sociedad global" (Documento de Puebla, nº 535); que, como sistema de ideas, revisten "un carácter *soteriológico o salvador*, razón por la cual se constituyen en verdaderas gnosis y que es este último carácter el que los diferencia específicamente de los restantes intentos de formular un cuerpo de ideas acerca de la vida política" (Massini, o.c., p. 76). Es decir, que "las ideologías llevan en sí mismas una tendencia a absolutizar los intereses que defienden, la visión que proponen y la estrategia que promueven", siendo esa tendencia la que hace que "se transformen en verdaderas *religiones laicas*" y, *consecuentemente, como decía Pablo VI en Octogesima Adveniens (nº 28), "se presentan como una explicación*

*última y suficiente de todo y se construye un nuevo ídolo, del cual se acepta a veces, sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio* (Documento de Puebla, nº 536).

*Siendo pues, en el mundo de hoy, las ideologías dominantes sistemas que expresan "una soteriología puramente inmanente" (Massini, o.c., p. 76), que rechazan radicalmente lo trascendente, se comprende esa radical dificultad para el hombre de hoy, de alcanzar una cabal comprensión de la "nación" y de la "patria", conceptos éticos por excelencia.*

*Frente a las "ideologías", frente al "pensar ideológico", frente a los "sistemas ideológicos" contruidos y vigentes, sólo cabe a los hombres de buena voluntad una tarea impostergable: volver al pensamiento realista, volver al ser, para restituir al hombre en el orden natural, a través de una visión verdadera de nuestra condición humana.*

*No es una tarea sencilla, porque "la tentación ideológica" ha tenido una presencia permanente en la historia de Occidente, porque este Occidente se "informó" en un pensamiento específico, el pensamiento cristiano lo más radicalmente opuesto a lo ideológico.*

*Porque ha sido una constante en la vida de Occidente que, donde el cristianismo se desarrolló y vivificó las instituciones y las costumbres cotidianas, surgió, violento y fanático, el intento ideológico de "secularizar" el mensaje de Cristo.*

Las ideologías procuraron, así, concebir una "salvación temporalista", "intramundana", "inmanente", sustitutiva de la visión metafísica y trascendente cristiana.

Por eso tiene plena razón Massini cuando señala agudamente que "los períodos de exaltación ideológica son seguidos siempre por un opacamiento o declive

de las ideologías, lo que hace pensar a muchos en su extinción definitiva; lamentablemente, pasado no mucho tiempo reaparece la ideología bajo un nuevo ropaje, las más de las veces más terrible que el anterior”.

Y agrega: “Así, en nuestros días asistimos a la sustitución progresiva de la ideología marxista, en crisis acelerada, por la ideología tecnocrática, cuyo despotismo será —en palabras de Tocqueville— “más extenso y más suave y degradará a los hombres sin atormentarlos”. No hay, por lo tanto, “muerte” de las ideologías, sino un constante renacer bajo diferentes formas exteriores” (Massini, o.c., p. 121).

#### 4. La novedad de la estrategia gramsciana

En el marco de esta vigencia de las “ideologías inmanentistas” y, diríamos, subyacente en las dos que signaron y signan este nuestro siglo XX (liberalismo y marxismo), se erige la novedad de la estrategia gramsciana.

En el pensamiento “vivo” de Antonio Gramsci se condensa la quintaesencia de la mentalidad o pensamiento ontológico, consistente en partir de una concepción ideal y abstracta de la vida política, para intentar, a posteriori, su concreción en la realidad social.

Es por esta razón que al “ideólogo” la realidad política se le presenta como un obstáculo en su objetivo de conquista, y quienes sostengan una comprensión *realista* del hombre, de su vida política, de su cultura, en suma, se convierten automáticamente en *el enemigo*, es decir, los “reaccionarios”, los “tradicionalistas”, los “dogmáticos”, los “antidemocráticos”; en suma, el máximo insulto usado “ideológicamente” como estrategia: los “fascistas”.

Y fue Antonio Gramsci quien planteó la necesidad revolucionaria auténtica de la conquista política a través de la primera e imprescindible “conquista cultural”, es decir, *conquista de las ideas*.

Expresa Gramsci que “sin la creación de una *ideología hegemónica, la revolución será metabolizada y neutralizada*”. *Es por esto, y en base a esto, que Gramsci elabora los conceptos de “bloque ideológico”, “estructura ideológica”, como parámetro de la acción revolucionaria.*

Para Gramsci, es necesario destruir el viejo mundo y establecer uno nuevo, y para ello, es imprescindible que los hombres *crean* en ese nuevo mundo y *sepan como debe ser*. Por eso es necesario, ante todo, *hacer la revolución de los espíritus*. Y ello porque “es impensable que una lucha política pueda culminar en verdaderos resultados, si no va acompañada de una revolución, de una *“reforma intelectual y moral”*, para emplear la terminología gramsciana, si no se cambia la mentalidad de la gente y, por consiguiente, la superestructura” (María A. Mariocchi, prefacio al libro “Leer a Gramsci”, de Grisoni y Maggiori, Madrid, 1974, p. 34).

De ahí la importancia que Gramsci dará a la “ideología”, a la que atribuye una auténtica *“función revolucionaria”*. Y de ahí, igualmente, la importantísima función de los *“intelectuales revolucionarios”*, que es una función fundamentalmente *“educadora”*, porque “la revolución habrá de iniciarse por esa preparación *“ideológica”* por obra de los intelectuales que difundan las concepciones materialistas en el pueblo, atrayendo, sobre todo, a los intelectuales burgueses a la nueva reforma intelectual y moral”. (Teófilo Urdanoz, “Historia de la filosofía”, B.A.C., Madrid, t. VIII, p. 56).

## 5. Conclusiones

“Nación”, “patria” e “ideologías” se estructuran en torno a los conceptos y al diagnóstico precitados. Y así, hoy “lo ideológico” será quien otorgue su contenido a lo nacional y lo patriótico.

Las ideologías contemporáneas se presentan como radicalmente “antimetafísicas” y “anticristianas”. Y esto vale tanto para la “ideología marxista”, que continúa asida a una concepción antropocéntrica inmanente perversa y atea; como para la “ideología liberal”, que persiste en su adhesión a un concepto de la libertad onmímoda e irrestricta, y que ha reducido al cristianismo a un cuasi-deísmo, al someterlo exclusivamente al fuero interno del individuo, vedándole el informar la sociedad y sus instituciones. Un cristianismo “formal”, un cristianismo “tibio”, en suma, *la negación del cristianismo*.

Y en ambas “ideologías” tanto en la marxista como en la liberal, una concepción subyacente del hombre “autosuficiente”, con la soberbia de su “autosuficiencia” y su objetivo máximo cifrado en el dominio de lo material.

Y estas “ideologías” radicalmente antimetafísicas y anticristianas han adoptado una nueva táctica.

La táctica ahora ya no es frontal, de persecución directa o sangrienta. La táctica consiste en “paganizar” la civilización occidental, es decir, en “descristianizar” a nuestra cultura.

La táctica consiste en un “neo-paganismo”, materialista en inmanentista, con pleno apoyo de los medios de comunicación social y del mundo “intelectual” y “artístico”.



La táctica consiste, en suma, en *una formidable ofensiva sobre la Iglesia católica y el cristianismo*, para “paganizarlos”.

El hombre contemporáneo aparece enceguecido por el orgullo. Y ese orgullo le impide ver y comprender la *inevitabilidad* de Cristo, del Evangelio y de la Iglesia.

Frente a esta vigencia de “lo ideológico”, con todas sus inevitables consecuencias de degradación de lo humano, no queda otra alternativa que la “*reinserción de los moldes clásico-cristianos*”. Y esa “reinserción” exige imprescindiblemente, de todos y de cada uno de nosotros, un compromiso total, integral, universal. Es decir, un compromiso auténticamente cristiano-católico.